LAS ESCRITURAS DEL YO Y SUS VARIANTES FUNCIONALES

Elena Cuasante Fernández
Universidad de Cádiz

Resumen

El estudio de la dimensión funcional de las escrituras del yo exige distinguir con toda claridad las motivaciones del escritor y las funciones que el texto, una vez publicado, adquiere en el seno de la comunidad de los lectores. A partir de esta distinción, que a su vez permite definir un modelo taxonómico de partida, el presente trabajo se propone ofrecer una revisión general de las variables que en este ámbito se presentan, que a su vez se remiten a dos ejes diferenciales. Por una parte, las escrituras del yo se caracterizan por una presencia dominante de algunas de las funciones más relevantes de la escritura en general, entre ellas, la función gnoseológica, testimonial o psicoterapéutica. Por otra parte, el régimen presencial de cada una de las funciones repertoriadas no puede definirse en términos absolutos, sino que es relativo a los diferentes géneros de las escrituras del yo: autobiografía, memorias, diario íntimo, etc. Por último, esta revisión aporta datos relevantes acerca de las similitudes y diferencias de comportamiento de los textos de ficción y de no ficción dentro de la literatura autobiográfica.

Palabras clave: motivaciones del escritor, funciones del texto, literatura autobiográfica.

SELF-WRITING AND ITS FUNCTIONAL VARIABLES

Abstract

The study of the functional dimension in self writings requires distinguishing clearly the writer's motivation and the functions that the text, once published, achieves among readers. From that distinction on, which allows defining a taxonomic pattern, the current paper aims to offer a general review of the variables which may occur in two different directions. On the one hand, self-writing characterizes, due to the dominant presence of some of the most relevant functions in writing, the gnoseologic, testimonial or psychotherapeutic functions. On the other hand, the existence of all those mentioned functions cannot be defined in absolute terms, but referring to the different genres of self-writing: autobiography, memoirs, personal diary, etc. Finally, this review provides relevant data about similarities and differences in the fictional and non-fictional texts performance in autobiographical literature.

Keywords: writer's motivations, functions in writing, self-writings.

DOI: http://doi.org/10.25145/j.refiull.2018.37.003
Revista de Filología, 37; septiembre 2018, pp. 25-39; ISSN: e-2530-8548

El objetivo del presente trabajo es ofrecer una síntesis crítica de las aportaciones más relevantes de la teoría de la literatura en lo que se refiere a la dimensión funcional de las escrituras del yo[1], una tarea que en nuestra opinión exige recordar dos cuestiones en las que la crítica no siempre se ha detenido suficientemente.

La primera de ellas es el hecho cierto de que la mayoría de los elementos que la crítica especializada reconoce como motivaciones o funciones de las literaturas del yo son, en realidad, elementos que se remiten al acto general de la escritura –y también, en su caso, de la escritura literaria–. La interrogación existencial o el propósito testimonial, por poner solo un par de ejemplos, son móviles que se dan en gran parte de quienes deciden poner por escrito una experiencia, sea para hablar de sí mismos o de cualquier otro asunto. Quiere ello decir que en este ámbito la especificidad genérica de las literaturas del yo es una cuestión de dominante, pues no proviene tanto de la presencia o ausencia de determinadas funciones como de la relación de predominio que se establece entre unas funciones y las demás.

Una segunda cuestión importante es la distinción, poco frecuente, entre la intención del autor y las funciones del texto, dos aspectos que no siempre pueden asimilarse en la práctica –recordemos que la hermenéutica clásica separaba ya con toda claridad la *intentio auctoris* de la *intentio operis*–. El impulso original que lleva al escritor a entregarse a una obra –que la crítica suele recoger en términos de «motivaciones» o «móviles»– es un elemento que pertenece a la esfera individual del comportamiento, y que a menudo difiere de la función que la obra es susceptible de adquirir en el seno de la sociedad, siempre plural y dinámica[2]. En uno y otro caso estamos ante un abanico de posibilidades bastante amplio, y cuyo acceso no es en absoluto inmediato. Así lo refleja, por ejemplo, Francisco Javier Hernández en su estudio *Y ese hombre seré yo*:

> Como en toda creación artística [...], en la escritura íntima los móviles del acto literario están pesando con toda su fuerza en la génesis de dicho acto, integrados prácticamente en él, alegados de forma explícita y reiterativa. No hay forma de discurso literario en que aparezcan con más claridad los motivos que lo justifican [...]. Y, sin embargo, el lector siente, ante este cúmulo de justificaciones, que quizás las verdaderas razones no están ahí, que probablemente el escritor las desconoce o enmascara (consciente o inconscientemente) (1993: 86)[3].

REVISTA DE FILOLOGÍA, 37, 2018, PP. 25-39

[1] Como podrá observarse, la mayoría de las fuentes teóricas que utilizaremos en las páginas que siguen proceden de la crítica literaria francesa, dominio al que pertenecen un gran número de pioneros en el estudio general de las literaturas del yo. En el ámbito español existen igualmente numerosos trabajos de gran interés sobre autores y géneros específicos, entre los que se cuentan, por ejemplo, los de Romera Castillo (ver bibliografía), Alberca (2007) o Pozuelo Yvancos (2005).

[2] De hecho, no son pocos los casos en los que, por defecto o por exceso, un texto ha sido interpretado en una dirección distinta a la que el autor preveía, y ello no solo por parte de la crítica, sino también del lector/a común.

[3] *Cfr.*, en el mismo sentido, D'Intino (1998: 68).

Hecha esta salvedad, pensamos que una revisión separada de las motivaciones y de las funciones resultaría en parte repetitiva. Hemos optado, pues, por una solución intermedia, más operativa, y que consiste en clasificar las diferentes funciones en virtud de los móviles –racionales, afectivos o híbridos[4]– a los que en principio responden. Según este criterio, el repertorio que proponemos es el siguiente:

– Móviles racionales: funciones existenciales, gnoseológica, apologética, testimonial y didáctico-ideológica.
– Móviles afectivos: funciones psicoterapéutica y de evasión.
– Móviles híbridos: función lúdico-estética[5].

1. MÓVILES RACIONALES: DEL YO PRIVADO AL YO SOCIAL

Aunque los móviles racionales de la escritura que la teoría literaria ha ido desgranando son muy diversos, estos pueden distribuirse en dos grupos principales. El primero de ellos concierne al ámbito exclusivo del yo, y a él corresponden funciones tan elementales como la existencial o la gnoseológica. El segundo corresponde a la relación del yo con los demás, y en él pueden consignarse funciones no menos importantes como la función apologética, testimonial, didáctica e ideológica.

La dimensión existencial aparece desde el momento mismo en el que el individuo toma la decisión consciente de escribir. Así lo mostró, ya en 1948, Jean-Paul Sartre en su ensayo, hoy clásico, *¿Qué es la literatura?*:

> Una de las principales motivaciones de la creación artística es sin duda la necesidad de sentirnos esenciales con respecto al mundo. El aspecto de los campos o del mar, el aire de un rostro que he desvelado, si los fijo sobre el lienzo, o en un escrito, ajustando las relaciones, introduciendo orden allí donde no lo había, imponiendo la unidad del espíritu sobre la diversidad de la cosa, soy consciente de que los produzco, es decir, que me siento esencial con respecto a mi creación (1948/75: 90)[6].

[4] Somos conscientes de las dificultades que entraña intentar separar lo afectivo de lo racional, dos ámbitos entre los que no puede establecerse una frontera realmente exacta. Aun así, pensamos que tal división puede resultar útil para el análisis de corpus literarios extensos.

[5] En la elaboración de este repertorio hemos optado por recoger las funciones reconocidas de manera unánime por la crítica, así como otras menos usuales que sin embargo se nos antojan igualmente interesantes.

[6] Las traducciones de todas las fuentes francesas son nuestras: «Un des principaux motifs de la création artistique est certainement le besoin de nous sentir essentiels par rapport au monde. Cet aspect des champs ou de la mer, cet air de visage que j'ai dévoilés, si je les fixe sur une toile, dans un écrit, en resserrant les rapports, en introduisant de l'ordre là où il ne s'en trouvait pas, en imposant l'unité de l'esprit à la diversité de la chose, j'ai conscience de les produire, c'est-à-dire que je me sens essentiel par rapport à ma création».

Si bien la crítica de las literaturas del yo recoge de manera unánime esta función, las divergencias sobre el sentido de la misma no tardan en aparecer. Mientras que algunos especialistas prolongan el razonamiento de Sartre[7], otros, como Alain Girard o Georges May, asimilan lo existencial a impulsos tan vagos como el deseo de vivir o de ser feliz, adjudicando así implícitamente la función a móviles afectivos y no, como parece deducirse de la cita de Sartre, a móviles racionales[8]. Por nuestra parte, pensamos que la función existencial debe enmarcarse prioritariamente en el ámbito de lo racional, aunque ello no suponga que deba limitarse forzosamente al acto preciso de la toma de conciencia del yo y del mundo.

La reflexión existencial tiene, por ejemplo, una innegable dimensión hermenéutica, según la cual la escritura responde a la necesidad primordial de encontrar un sentido a la vida. La búsqueda de sentido es una reacción inmediata de todo individuo que toma conciencia del mundo y de sí mismo, y que se ve confrontado a un existir que posteriormente será interpretado en términos más o menos transcendentales. Esta necesidad de entender la vida, que recorre toda la tradición autobiográfica, es resumida por Georges May como sigue:

> La necesidad de encontrar un orden en la parte de la vida que ya hemos vivido es tan instintiva y universal que los autobiógrafos ceden a ella sin darse cuenta siquiera. Solo el hecho de dar un título diferente a las sucesivas etapas de la autobiografía, de dividirlas en épocas, en capítulos, o de reconocer retrospectivamente los acontecimientos críticos de nuestra vida [...], todos esos indicios [...] revelan la universalidad de tal necesidad (1979: 57)[9].

Si bien es innegable que la transcripción textual es útil a la hora de poner orden a lo vivido, no es esta su única utilidad, sobre todo en la medida en que la escritura autobiográfica es menos un proceso de recapitulación que de interpretación. En efecto, el acto de contar supera con mucho la mera reminiscencia u ordenación de acontecimientos preexistentes, pues funciona en sí mismo como un resorte hermenéutico, un punto de arranque de sentidos completamente nuevos.

Por otra parte, la dimensión hermenéutica no es la única que puede estudiarse dentro de la función existencial. De hecho, son numerosos los teóricos que, como D'Intino, adoptan una perspectiva extensiva de los móviles asociados a lo existencial, lo que por otra parte redunda en el hecho, ya señalado, de que una obra responde a varios estímulos simultáneamente:

---

[7] Es el caso, por ejemplo, de Gusdorf (1956/91: 228 y 233-234); Gusdorf (1991: 140) o Hernández Rodríguez (1993: 7).

[8] *Cfr.* Girard (1963/86: XI) y May (1979: 48 ss.).

[9] «Le besoin de trouver un ordre dans la partie de sa vie qu'on a déjà vécue est si instinctif et si universel que les autobiographes y cèdent sans toujours s'en apercevoir. Le seul fait de donner un titre différent aux tranches successives de son autobiographie, de les diviser elles-mêmes en époques, en chapitres, ou de reconnaître rétrospectivement les événements critiques de sa vie [...], tous ces indices [...] révèlent l'universalité de ce besoin».

> En toda escritura autobiográfica [...] se vislumbra una trama secreta de motivaciones existenciales: combatir el olvido, la disolución, la muerte, fijando sobre el papel la memoria de sí mismo, de las acciones propias, dictando a los descendientes conocidos y desconocidos, a la posteridad, un nombre y una figura, la huella de una vida (1998: 83)[10].

Así, la función gnoseológica, reconocida como elemental por la totalidad de los críticos que estudian las literaturas del yo, deriva de la existencial, pues escribir sobre uno mismo es un modo de reaccionar a la necesidad de comprender la existencia sin salir del propio ámbito del sujeto. Admitir esta idea supone evidentemente atribuir a la actividad de la escritura una facultad cognoscitiva que Gusdorf define muy acertadamente con estas palabras: «La escritura fija el estado de la conciencia, transforma la conciencia en conocimiento» (1991: 285)[11].

Al mismo tiempo, el hecho de que el objeto de la escritura sea el propio yo hace que la exigencia de sentido se convierta irremediablemente en una búsqueda de identidad, de suerte que, al final, la función gnoseológica asume el rol de otras funciones. La búsqueda de identidad, objetivo primario del discurso autobiográfico moderno, puede tomar formas muy diferentes en virtud de cada escritor y de los diversos ámbitos a los que es susceptible de remitirse –individuo, clase, etnia, género–. En su origen hay, sin embargo, algunos elementos comunes que la teoría ha examinado puntualmente. Si el arranque de la búsqueda de identidad coincide generalmente con un momento de crisis, entendida esta como la toma de conciencia de una falta de equilibrio que concierne al pasado, la toma de conciencia puede desencadenarse por causas específicas o relacionarse con momentos vitales concretos. En el caso de la autobiografía tradicional, por ejemplo, suele responder a la revelación religiosa, el exilio, el fracaso, etc., o simplemente a la llegada a ese momento de reflexión que es el fin de la edad adulta.

Pero la falta de equilibrio que precede a la toma de conciencia nunca se limita a una mera faceta de la personalidad, sino que afecta a la totalidad del ser, a una identidad que le ha sido negada al individuo y que este desea reconquistar frente al mundo. De ahí que, con independencia del género de escritura al que se entregue, la situación de partida del escritor sea tan a menudo la de la exclusión social. Con todo, la búsqueda de la propia identidad no es solo una empresa de autoconocimiento o de rechazo: conocerse no es un fin en sí mismo, sino un medio para llegar a un fin. En virtud de este valor instrumental, lo que la función gnoseológica determina es una empresa de autoafirmación y, en última instancia, de transformación individual:

[10] «In ogni scrittura autobiografica [...] si intravvede una trama segreta di motivazioni esistenziali: combattere l'oblio, la dissoluzione, la morte, incidendo su carta la memoria di sé, delle propie azioni [...], tramandando ai discendenti noti e ignoti, ai posteri, un nome e una figura, l'impronta di una vita».

[11] «L'écriture fixe l'état de la conscience, elle transfigure la conscience en connaissance».

> La tarea inicial reviste un carácter epistemológico; por alguna razón que se impone súbitamente, o a veces tras una larga y lenta maduración, un hombre descubre que, desde siempre, es un extraño para sí mismo [...]. Este proyecto de conocimiento viene acompañado por un proyecto adicional de autodisciplina; el solo hecho de pasar del desconocimiento al conocimiento de sí supone retomar y rectificar el sentido de la vida personal, en virtud de una responsabilidad en la gestión de sí mismo que es necesario asumir (Gusdorf 1991: 284)[12].

Puede afirmarse pues, que la escritura del yo no es un simple relato de la vida, sino una contribución a la vida. En virtud de esta empresa transformadora, el yo ya es otro, pero también es otro ante los otros, y ello supone que la cuestión de la identidad puede derivar del ámbito de lo individual al de lo social. En otras palabras, la función gnoseológica de la escritura genera en parte otras funciones que afectan a la relación del yo con los demás y que son las que revisaremos a continuación.

La intención apologética, por ejemplo, se presenta como la necesidad de escribir para justificar públicamente las acciones que se han cometido o las ideas que se han defendido. Se trata quizá del impulso originario de los escritos autobiográficos de no ficción, pues está presente ya, como bien afirma D'Intino, en el fin de la Antigüedad clásica y cristiana y en la Edad Media, tiempos en los que se seguía el modelo literario fijado en la *Apología de Sócrates* de Platón. Ya entonces, la apología reviste un carácter defensivo que puede responder a un estímulo externo –un ataque que suele entenderse como calumnia– o simplemente a un resentimiento interior, a su vez provocado por daños materiales o morales injustamente sufridos, o bien por méritos no adecuadamente recompensados o reconocidos (*Cfr.* D'Intino 1998: 74-75). La función apologética exige, pues, por parte del escritor una carga importante de fidelidad ante los acontecimientos, es decir, de objetividad, sin la cual el derecho a la propia defensa deriva hacia fines menos confesables como por ejemplo la venganza.

Pero si la venganza es relativamente frecuente, mucho más lo es la glorificación:

> ¿Cómo evitar [...] la tentación de forjar una imagen halagadora de sí mismo, de embellecer recuerdos y acontecimientos, de cambiar, en definitiva, la realidad vivida? Esta tendencia se observa sobre todo en escritores [...] que ven en la escritura autobiográfica el instrumento privilegiado para edificar un mito y una leyenda personales que perpetúen definitivamente su memoria (Hernández Rodríguez 1993: 67).

[12] «L'entreprise initiale revêt un caractère épistémologique; pour une raison qui s'impose subitement, ou parfois à la suite d'une longue et lente maturation, un homme découvre qu'il est depuis toujours étranger à lui-même [...]. Ce projet de connaissance s'accompagne d'un projet second d'autodiscipline; le seul fait de passer de l'inconnaissance à la connaissance de soi implique une reprise et une rectification du sens de la vie personnelle, en vertu d'une responsabilité à assumer dans la gestion de soi-même».

Basada, como la función apologética, en la relación del yo con los demás, la función testimonial es definida por May como sigue: «por este término hay que entender la obligación que dicen sentir numerosos autobiógrafos de hacer que aquello de lo que, por una u otra razón, han sido testigos privilegiados, no desaparezca con ellos» (1979: 43)[13]. Dentro de esta definición general caben posibilidades múltiples, pues el autor puede dar testimonio de objetos muy diferentes, que se reparten a lo largo del amplio abanico que va de lo propio a lo ajeno[14].

La escritura autobiográfica contribuye, pues, decisivamente a la perpetuación de la memoria histórica. Según interpreta D'Intino, dicha contribución tiene su origen en el sentimiento de la unicidad de lo vivido, que confiere a las propias experiencias una cualidad inestimable: la de ser dignas de ser transmitidas a los eventuales lectores (1998: 81). Sin embargo, el impulso testimonial puede derivar igualmente de la circunstancia contraria, cosa que Lejeune defendía ya en *L'autobiographie en France*: «... muchos autobiógrafos son conscientes de no constituir "casos únicos", como Rousseau, sino individuos representativos, que cuentan a través de su historia la de su generación y su grupo social» (1971: 49)[15].

Más que una contradicción, lo que aquí aparece es la doble dimensión de la escritura autobiográfica: por un lado, es el relato de una experiencia individual; por otro, el reflejo del universo colectivo. Es precisamente esta última dimensión, la de lo social, la que justifica el propósito testimonial, que carecería de sentido si se viera desprovisto de su valor comunicativo, es decir, si no fuera acompañado de la identificación del lector eventual. Entendida desde el polo de la recepción, la función testimonial es además la base de la función didáctico-ideológica.

En efecto, no hay testimonio válido si no es en razón de su utilidad para un destinatario que, por su parte, habrá de ser capaz de extraer de la lectura un mensaje concreto, es decir, una enseñanza. Invocada en todas las poéticas clasicistas como una exigencia de la literatura en general, la dimensión didáctica adquiere en las escrituras del yo valores específicos, que resultan evidentemente de la narración de una experiencia que se da como personal.

Si la ejemplaridad de un relato se construye fundamentalmente sobre el paso de un caso particular a una verdad general, en el terreno de la escritura auto-

[13] «Par ce terme, il faut entendre l'obligation qu'affirment ressentir de nombreux autobiographes de faire en sorte que ce dont ils ont été, pour une raison ou pour une autre, les témoins privilégiés ne disparaisse pas avec eux».

[14] Así, dentro de la autobiografía se pueden distinguir cuatro grupos fundamentales que se distribuyen así: 1) crónicas o reportajes objetivos escritos en forma de memorias de las que el autor está prácticamente ausente y que no pertenecen pues al ámbito de la autobiografía; 2) autobiografías de carácter intelectual, que se centran en la formación de ideas y en el desarrollo de carreras de hombres cultos; 3) textos destinados a satisfacer la curiosidad de hijos o íntimos; 4) autobiografías religiosas o místicas (C*fr*. May 1979: 45-47).

[15] «... beaucoup d'autobiographes sont conscients de n'être pas des «cas uniques», comme Rousseau, mais des individus représentatifs, qui racontent, à travers leur histoire, celle de leur génération et de leur groupe social».

biográfica habrá que admitir la idea, en principio paradójica, de que la intimidad conduce a la universalidad.

2. MÓVILES AFECTIVOS: LA ESCRITURA COMO REFUGIO

La función gnoseológica de la escritura, de la que ya hemos hablado más arriba, se revela en parte contradictoria si consideramos que en la mente del sujeto hay una zona que escapa al examen racional y que resulta no ya desconocida, sino incognoscible. Así lo resume Alain Girard al referirse a los diaristas:

> ... al tomarse a sí mismos como objeto de observación, se dan cuenta poco a poco [...] de que la razón, lejos de ser todopoderosa, está completamente acorralada por fuerzas oscuras que amenazan a cada instante con hacerla caer. Si el principio es la racionalización de la vida, al final terminarán por conceder una parte importante a lo irracional. Deseosos de elucidar los fenómenos de la vida consciente, pondrán de manifiesto la importancia del inconsciente (1963/86: XII-XIII)[16].

Esto no significa, sin embargo, que el individuo no pueda llegar a relacionarse de ningún modo con su inconsciente y que la tarea del redactor sea vana, pues una actividad como la escritura siempre aporta algún tipo de solución. Así lo ha establecido la teoría de la literatura en lo que suele definirse como la función «catártica», función que en realidad es propia no ya de la literatura, sino de la escritura en general, y que nosotros hemos preferido llamar «psicoterapéutica».

Sin querer entrar ahora a fondo en la teoría psicoanalítica, es hoy una verdad admitida que las pulsiones inconscientes, por el hecho de ser reprimidas, tienden a liberarse de forma sublimada en aquellas actividades humanas que se sirven de un lenguaje simbólico, más específicamente en las dos que Freud estudió con mayor frecuencia: el sueño y la literatura. Esta necesidad humana de liberarse de la opresión por medio de la expresión queda perfectamente resumida –etimológicamente, además– en una cita que Rousset traslada en su estudio del diario de Amiel: «¿Por qué? Porque analizar el sentimiento es disolverlo, y sobre todo porque expresarlo es literalmente hacerlo salir de uno mismo (ex primere) –objetivarse, ese es el gran remedio, al menos para mí...» (1986: 173)[17]. Si la escritura es un factor de equilibrio mental, una liberación de deseos frustrados y fantasmas reprimidos, la narración de

[16] «... en se prenant eux-mêmes comme objet d'observation, ils s'aperçoivent peu à peu [...] que la raison, loin d'être toute puissante, est cernée de tous côtés par des forces obscures qui risquent à chaque instant de la faire vaciller. Si le principe est la rationalisation de la vie, ils aboutiront au terme à faire une part importante à l'irrationnel. Désireux d'élucider les phénomènes de conscience, ils mettront à jour l'importance de l'inconscient».

[17] «Pourquoi? Parce que analyser le sentiment, c'est le dissoudre, et surtout parce que l'exprimer, c'est à la lettre le sortir de soi (ex-primere) -s'objectiver, c'est là le grand remède, pour moi du moins...».

la experiencia personal lo es con más razón, pues se asimila al discurso del paciente en la cura psicoanalítica. No queremos con esto identificar completamente narración del yo y análisis psicoanalítico, dos procesos sobre cuya relación la crítica no parece ponerse de acuerdo[18], pero sí subrayar el hecho de que el valor psicoterapéutico de la escritura es incontestable[19].

Y es que en cierta medida, y según confiesan los propios autores, el cuaderno de escritura sustituye al amigo, al médico o al confesor, y de aquí nace la personificación, tan frecuente que resulta ya un tópico, que hace, por ejemplo, del diario o del cuaderno un «confidente». No es esta, en absoluto, una imagen vacía, pues cuando un redactor apela a su cuaderno como a un interlocutor, lo que en realidad está haciendo es desdoblarse en sí mismo y en otro, es decir, instituir un «diálogo dentro del soliloquio». Además de necesaria, la dosis de dialogismo que nutre la escritura intimista[20] tiene un alcance mucho mayor, sobre todo porque el cuaderno, en tanto que sustituye a ese «otro» que es el propio redactor, se convierte en un interlocutor de excepción, capaz de recoger todo tipo de impresiones y sentimientos, por muy inconfesables que sean. El redactor puede confesarlo todo, fundamentalmente porque en última instancia se trata de una confesión ante sí mismo. A partir de aquí, el discurso autobiográfico no conoce límites, la expresión triunfa sobre la opresión y la liberación es total.

Si retomamos la idea de la escritura como refugio que da nombre a este apartado, debemos señalar el hecho de que, si la actividad del escritor se desarrolla en general en un espacio de aislamiento, en el caso del escritor intimista esta situación es aún más acusada. Y hemos apuntado que a menudo, la toma de conciencia que precede a las escrituras del yo tiene su origen en una crisis de enfrentamiento con una sociedad a la que, por una razón u otra, el sujeto no ha logrado adaptarse. Pues bien, el refugio en el universo de lo íntimo se refleja no solo en la exclusión –o en la autoexclusión– social, es decir, en la coordenada del espacio, sino también en la coordenada del tiempo. Desengañado del momento histórico en el que le ha tocado vivir, el escritor opta a menudo por alejarse del tiempo de la actualidad situándose en otro tiempo, el pasado, del que normalmente guarda una imagen mucho más positiva.

---

[18] Lejeune, por ejemplo, intentó resumir en dos capítulos específicos de *L'autobiographie en France* las diferencias, según él muy importantes, entre narración autobiográfica y psicoanálisis (*Cfr.* «La psychanalyse devant l'autobiograpie», 1971: 91-95 y «L'autobiographie devant la psychanalyse», id.: 95-104). Didier, por el contrario, entiende la escritura del diario como una actividad que obedece a impulsos eminentemente inconscientes, hasta el punto de que define el diario como un «refugio matricial» (*Cfr.* 1976/91: 87 ss.).

[19] Así lo afirman quienes entienden que la práctica de las escrituras del yo obedece fundamentalmente a una necesidad y no a un mero placer. Ya hemos señalado que cuando los intimistas recurren a la escritura lo hacen a menudo en una situación de crisis personal y de ruptura social, en una situación de fragilidad afectiva que puede amenazar la propia estabilidad. En este contexto, y aunque no es asimilable a un tratamiento clínico ortodoxo, y no suponga necesariamente una cura definitiva, la catarsis de la escritura puede ser extremadamente beneficiosa en situaciones de desequilibrio.

[20] Según Gilot, el diario responde a la necesidad de decir algo sobre uno mismo, pero sobre todo a la necesidad de decirse algo uno mismo (*Cfr.* 1978: 2).

La recuperación del pasado o evasión es, en efecto, uno de los móviles más recurrentes en la autobiografía y, de hecho, como recuerda Lejeune, «el único placer que el autobiógrafo reconoce abiertamente, porque no amenaza con perturbar al lector, es el placer de hacer revivir el pasado» (1971: 82)[21]. Habla Lejeune de placer y con razón, pues probablemente la enorme importancia que reviste la rememoración en la escritura autobiográfica obedece al hecho de que, dentro de un autoexamen que a menudo se vive como una experiencia de sufrimiento, la reminiscencia proporciona al escritor una fuente de gozo que May describe como «el puro placer del recuerdo y del recuerdo lejano, ese que, a medida en que envejecemos, lejos de hundirse más en el olvido, sube a la superficie, en suma, el recuerdo de la infancia o de la juventud» (1979: 48)[22].

Gracias a la escritura, el individuo puede dar solidez y consistencia a los recuerdos, es decir, vivirlos otra vez y para siempre. Sin embargo, el placer de la reminiscencia no se relaciona exclusivamente con la nostalgia y con la felicidad recuperada, sino que parece proceder en parte de sí mismo. Dicho de otro modo, el placer del escritor nace no ya del recuerdo de las horas felices, sino del mero proceso de la rememoración.

Sin embargo, y a pesar de su preeminencia en la mente de los escritores, la función de evasión tiene un alcance limitado en la medida en que el placer que procura la reminiscencia es siempre transitorio:

> La alegría de esos logros es efímera. El milagro de la vuelta al pasado se paga siempre con la recaída en el presente, que inevitablemente le sigue. Por eso el móvil autobiográfico relativo al paso del tiempo, la nostalgia, presenta su lado angustioso tan a menudo como su lado alegre, cuando no más (May, 1979: 51-52)[23].

[21] «Le seul plaisir que l'autobiographe avoue franchement, parce qu'il ne risque pas de choquer le lecteur, c'est le plaisir de faire revivre le passé».

[22] «La pure volupté du souvenir et du souvenir éloigné, lequel, à mesure que nous vieillissons, loin de s'enfoncer davantage dans l'oubli, remonte au contraire davantage à la surface, bref du souvenir d'enfance ou de jeunesse».

[23] «La joie de ces réussites est éphémère. Le miracle du retour en arrière se paye toujours de la rechute dans le présent, qui le suit inévitablement. C'est ce qui fait que ce mobile autobiographique touchant au passage du temps, la nostalgie, présente sa face angoissée aussi souvent, sinon plus que sa face joyeuse». La infancia y la adolescencia son en efecto etapas presentes no ya en la autobiografía, sino también en los demás géneros (incluida la novela autobiográfica), hasta el punto de que pueden definirse como auténticos tópicos de las literaturas del yo. Esta omnipresencia se explica en principio por el propio contenido de los recuerdos, que, en las primeras etapas de la vida, y como sucede por ejemplo con Rousseau, corresponden a veces a los únicos momentos de auténtica felicidad que el sujeto ha conocido.

3. MÓVILES HÍBRIDOS: EL PLACER DE LA ESCRITURA

Pero el acto de escribir puede trascender el mero valor instrumental que hemos analizado hasta ahora para ocupar un lugar de mayor privilegio en el proyecto autobiográfico, llegando a convertirse incluso en el móvil principal de la obra: es a lo que nos referiremos a continuación como funciones lúdica y estética.

En una situación de aislamiento –voluntario o no–, el sujeto puede optar por refugiarse no ya en el recuerdo, sino más sencillamente en el propio universo de la escritura:

> Ante una sociedad hostil o indiferente se produce una sensación de ruptura irremediable, seguida de un movimiento de repliegue sobre sí mismo que cristaliza en la búsqueda de la escritura como refugio y consuelo ante la incomprensión o el menosprecio de los demás, ante el vacío de una vida sin sentido social o ante las horas negras de la depresión (Hernández Rodríguez 1993: 88)[24].

El acto de escribir constituye por sí mismo un proyecto suficientemente estimulante, capaz de justificar el discurrir cotidiano y de otorgar al sujeto un medio para escapar a la soledad. No hablamos necesariamente de que la escritura se convierta en un sustitutivo de la vida social –aunque a menudo así suceda–, sino solo del placer indiscutible que puede proporcionar la redacción del texto. A esta circunstancia se refiere la teoría literaria cuando atribuye a la escritura una función lúdica, dimensión que en el espacio autobiográfico es requerida a menudo como una necesidad vital y que por tanto adquiere valores transcendentales.

Ese entregarse al acto de escribir puede orientarse además hacia objetos ajenos al propio individuo, es decir, al texto y en última instancia al lector. El placer de la escritura puede hacer que el escritor vaya preocupándose cada vez más por el texto, de suerte que la redacción se convierte en creación concienzuda que busca una elaboración mayor del relato en términos simbólicos, estructurales y/o estilísticos. Es lo que habitualmente se conoce como función poética o estética.

Aparece aquí inevitablemente la espinosa cuestión del valor literario del discurso autobiográfico, que ha suscitado importantes divergencias entre la crítica, sobre todo cuando afecta a los géneros de no ficción. Recordemos que, sobre la autobiografía propiamente dicha, Lejeune indicaba:

> Por una parte se considera que la autobiografía es un género *fácil* [...]; pero por otra parte, en cuanto alguien se toma el género en serio y elabora su propia historia, se considera que en realidad es un género falso: inevitablemente, el autor da una

[24] *Cfr*. en el mismo sentido, Blanchot (1959: 275) y en el ámbito de la escritura cotidiana típica del diario, Girard (1963/86: 540-541).

imagen «deformada» de su pasado. En suma, a la autobiografía se le reprocha al mismo tiempo que *no sea arte* [...] y que *sea arte* (1971: 8)[25].

Más tarde optaba por un análisis formal riguroso en el que quedaba implícito el carácter literario del género[26]. La actitud de Lejeune choca frontalmente con la de quienes defienden que, en la autobiografía, el valor literario (es decir, la función estética) es absolutamente accesorio, al menos en los escritos anteriores a la modernidad[27]. Pensamos que en este punto la opción de Lejeune es más acertada, ello en virtud de una reflexión muy sencilla: si, como la mayoría de los críticos reconoce, la autobiografía y la novela autobiográfica no pueden diferenciarse sin acudir a elementos externos a la obra, hemos de suponer que la función estética está presente en ambas o en ninguna de las dos. Evidentemente, no todas las autobiografías conocen el mismo grado de elaboración, y por eso se distingue a menudo entre autobiografía literaria y autobiografía de masas, aunque por otra parte eso es algo que sucede también con la novela.

4. CONCLUSIÓN

Como anunciábamos al principio de este estudio, en el ámbito de la dimensión funcional la especificidad genérica de las literaturas del yo es una cuestión de dominante. A partir de esta circunstancia, a continuación, y a modo de conclusión de nuestro estudio, sondearemos de manera muy breve la relación que se establece entre los diferentes géneros de las escrituras del yo y las funciones que operan más activamente en cada uno de ellos.

En tanto que examen de la experiencia personal, la autobiografía propiamente dicha presenta un claro dominio de las funciones existencial y gnoseológica. La revisión del pasado es aquí fundamentalmente una hermenéutica, una búsqueda del sentido de la propia esencia y existencia que, gracias al ordenamiento de la experiencia, puede desembocar en una transformación total o parcial de un sujeto ahora conocedor de lo que su vida representa. Según muestra la tradición del género, estas dos funciones principales derivan a menudo hacia tres direcciones que también pueden ocupar un lugar importante: el testimonio, la apología y el placer de la reminiscencia[28].

---

[25] «On pense d'une part que l'autobiographie est un genre *facile* [...]; mais d'autre part, dès que quelqu'un prend le genre au sérieux et élabore sa propre histoire, on pense que c'est vraiment un genre faux: fatalement, l'auteur donne une image «déformée» de son passé. En somme on reproche à la fois à l'autobiographie de n'*être pas de l'art* [...] et *d'être de l'art*».

[26] Hecho que quedaba reflejado cuando Lejeune situaba el nacimiento de la autobiografía en la publicación de las *Confesiones* de Rousseau.

[27] *Cfr.* Gusdorf (1991: 280).

[28] Las demás funciones, sin estar ausentes, solo adquieren un carácter primario en obras concretas y en función de la personalidad del autor.

A pesar de su similitud con la autobiografía en cuanto a la forma narrativa, las memorias presentan rasgos funcionales bastante diferentes, muy condicionados además por la tradicional temática «exterior» del género. Al no haber aquí un compromiso real de autoexamen, las funciones más ligadas a la personalidad interior –es decir, las funciones existencial, gnoseológica y psicoterapéutica– ocupan un lugar secundario cuando no insignificante. Sin duda el protagonismo lo ejerce aquí el carácter testimonial, sobre todo en las memorias que intentan reflejar un espíritu de época, la evolución de un grupo social o un acontecimiento preciso. Posteriormente, y solo cuando el género dedica un cierto espacio a valores más personales, la intención del autor puede derivar hacia la apología y, en caso de que la reminiscencia aparezca con frecuencia, hacia la evasión[29].

Como la autobiografía, el diario íntimo combina en principio las funciones existencial y gnoseológica, si bien esta última está menos acentuada en la medida en que la escritura cotidiana va más dirigida al presente o al pasado inmediato que al tiempo de la infancia; es decir, el diarista tiende a averiguar quién es examinándose desde su actualidad, sin preguntarse necesariamente quién fue en otro tiempo[30]. Con todo, en el diario hay dos funciones que se imponen claramente a las demás y que tienen que ver con la escritura fragmentada y autodestinada que es propia del género. La primera de ellas es la psicoterapéutica, que podemos considerar específica en la medida en que ningún otro género es susceptible de alcanzar un nivel similar de fuerza liberadora. La segunda es la lúdica, pues la escritura cotidiana es vivida casi siempre como un remedio a la soledad, y no en vano son los diaristas quienes más a menudo se sirven de la metáfora del «confidente».

Quizás el género menos definido funcionalmente sea el de la correspondencia, modalidad que presenta formas muy diversas en virtud del número de redactores y de la variedad temática. La correspondencia no parece tender a ningún objetivo específico, y sin embargo es capaz de albergar todas las funciones. No hay que olvidar, en primer lugar, que el destinatario de la carta no es su único beneficiario, y que el género tiene un fuerte componente autorreflexivo que le permite cumplir funciones muy diversas[31]. En conclusión, puede decirse que la indefinición funcional de la carta es paradójicamente el origen de su multifuncionalidad.

Por último, no queremos cerrar este apartado sin precisar que los géneros de ficción escritos en primera persona se asimilan funcionalmente a los géneros de

[29] Difícilmente encontraremos en las memorias otros valores.

[30] Puede darse aquí también un valor testimonial importante, orientado a procesos históricos –caso del *Diario de Ana Franck*, obra que por cierto tiene un poderoso alcance ideológico–, o a experiencias personales concretas –diarios de viajes, de convalecencias, etc.–.

[31] Esto también tiene que ver con el estrecho parentesco que une la correspondencia al diario, y en este sentido recordaremos una cita de Brigitte Diaz que resume bien la versatilidad del género: «Impulsada por el deseo del otro, que exige su ración de palabras, la carta adquiere una función diarística, es a la vez crónica de una vida y registro del alma» (2002: 84-85) / «Stimulée par le désir de l'autre qui quémande sa ration de mots, la lettre s'investit d'une fonction diariste; elle est à la fois chronique d'une vie et registre de l'âme».

no ficción que les corresponden[32]. Si, como señala la crítica de manera unánime, no existen criterios formales que permitan distinguir los géneros factuales de los ficcionales, tampoco hay diferencias funcionales que resuelvan la tarea. Así, la novela autobiográfica cumple más o menos las mismas funciones que la autobiografía, la novela diario las mismas que el diario, y así sucesivamente. Es evidente, sin embargo, que al tratarse de textos invariablemente etiquetados como literarios, la función lúdica y sobre todo la estética, poco desarrolladas en general en la no ficción, juegan aquí un papel de primer orden.

Recibido: mayo de 2017; aceptado: julio de 2017.

[32] Conviene, sin embargo, matizar un detalle importante. A diferencia del relato factual, el relato ficcional se caracteriza por la no identidad entre narrador-personaje y autor. El matiz es necesario, pues a menudo sucede que en la ficción las motivaciones de la instancia ficticia de narración –el narrador– no coinciden con las de la instancia real de escritura –el escritor–.

BIBLIOGRAFÍA

Alberca, Manuel (2007): *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Blanchot, Maurice (1959): «Le journal intime et le récit », en *Le livre* à *venir*. Paris: Gallimard, 271-279.

D'Intino, Franco (1998): *L'autobiografia moderna. Storia, forme, problemi*, Roma: Bulzoni.

Diaz, Brigitte (2002): *L'épistolaire ou la pensée nomade*, Paris: PUF.

Didier, Béatrice (1976): *Le journal intime*, Paris: PUF. (1991).

Gilot, Michel (1978): «Quelques pas vers le journal intime», en Del Litto, Victor (dir.): *Le journal intime et ses formes littéraires*, Genève: Droz: 1-17.

Girard, Alain (1963): *Le Journal intime*, Paris: PUF. (1986).

Gusdorf, Georges (1956): «Conditions et limites de l'autobiographie», Reed. en Lejeune, Philippe (1971), *L'Autobiographie en France*. Paris: Armand Colin: 217-236.

Gusdorf, Georges (1991): *Lignes de vie, 1. Les* Écritures *du moi*, Paris: Éditions Odile Jacob.

Hernández Rodríguez, Francisco Javier (1993): *Y ese hombre seré yo (La autobiografía en la literatura francesa)*, Murcia: Universidad de Murcia.

Lejeune, Philippe (1971): *L'Autobiographie en France*, Paris: Armand Colin.

May, Georges (1979): *L'Autobiographie*, Paris: PUF.

Pozuelo Yvancos, José María (2005): *De la autobiografía. Teoría y estilos*, Barcelona, Editorial Crítica.

Romera Castillo, José: «Escritura autobiográfica en España». http://www2.uned.es/centro-investigacion-SELITEN@T/escritura_autobio.html [consultado el 07/06/2017].

Rousset, Jean (1986): *Le lecteur intime. De Balzac au journal*, Paris: Corti.

Sartre, Jean-Paul (1948): *Qu'est-ce que la littérature?*, Paris: Gallimard. (1975).